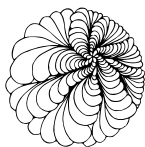


EL GUERRERO DE LAS DIEZ LUNAS



CARMEN BENITO RICO

INTRODUCCIÓN:

Era ya tarde y empezaba a oscurecer. Cuando me bajé del coche sentí de nuevo aquel olor característico de mi adolescencia, el olor a tierra mojada y leña que me había acompañado durante varios años. Ahora que volvía a casa, salía de nuevo a recibirme dándome la bienvenida.

La tarde era triste, parecía sentir al igual que mi corazón, la muerte de mi abuela Sara; ella había guiado con cariño y mucha paciencia los años más duros e interesantes de mi vida. Me ayudó a reconocer el propósito de la misma, a descubrir mi camino y a despertar mi don. En sus historias y consejos hallé la sabiduría de los años y de la experiencia. Fue un espíritu libre capaz de ayudar a todos los que se acercaban pidiendo consejo.

Con sólo dieciséis años perdí a mi madre tras una rápida enfermedad. Nunca conocí a mi padre por lo que era la única familia que me quedaba así que me trasladé al pueblo a vivir con ella.

En aquella época sólo sabía estar frustrada, enfadada con todo y triste, muy triste. A penas me había dado cuenta de lo que sucedía, no entendía nada, por qué la vida era injusta quitándome lo que más quería: mi madre, mis amigos, mi mundo; dejándome allí, un lugar apartado que nada tenía que ver con lo que había conocido hasta entonces.

Sin embargo ella me acogió con el todo el amor que una abuela puede sentir y poco a poco, a través de sus historias fue llegando a mi interior para ayudarme a encontrar el camino hacia mí misma. Me hizo ver que las cosas que suceden en nuestra vida operan como un “Plan” y que a veces ese “Plan” nos hace dudar

y revelarnos, sólo el tiempo, a través de la distancia, nos muestra que las cosas tenían que ser así, que el aprendizaje y la experiencia nos forjan para ser después quienes queramos ser. Eso habría sido imposible si no la hubiera tenido a mi lado.

Llegué a su casa una cálida tarde de verano en que el pueblo estaba tranquilo. Mis circunstancias no permitían que apreciara el maravilloso paisaje. Rodeado de montañas pobladas por robles y castaños el pueblo se situaba elevado sobre una colina que emergía en el centro del valle que había dibujado el río. Cuando te ibas acercando por la carretera podías ver casas más modernas, entre ellas el instituto de la comarca. Llegando a la primera plaza en la bajada de acceso, se apreciaba aún majestuosa la torre del antiguo castillo. Cuando atravesabas el arco que llevaba a la parte vieja observabas que todas las casas guardaban la misma construcción típica de la zona.

Al apearme del autobús sólo tenía una idea en mi cabeza:

«¡Este lugar no es para mí!»

No sabía qué sentir, qué pensar, ni cómo seguir adelante.

Siempre había vivido en una gran ciudad, rodeada de coches, gente, ruido. Atrás habían quedado mis amigos del instituto, las tardes de cine y chuches, la posibilidad de alguna escapada a la “disco”. Ahora, sin mi madre, único referente de familia que conocía, y sin apenas nada más que algo de ropa en una mochila, aterrizaba en el que me pareció un lugar inhóspito dejado de la mano de Dios.

Había cambiado la vida de una adolescente que sólo piensa en jugar y divertirse, por un pueblo aislado, un grupo de personas a las que nada me unía y una abuela que aunque me quería y trataba de facilitarme las cosas, yo creía que el abismo generacional que nos separaba no nos permitiría conectar.

La vida me la había jugado y no podía escapar de aquello. Ella, a quien apenas conocía, tenía mi custodia, y era la única, a pesar del dolor de perder a su hija, que podía ocuparse de mí.

Me contó que mi madre había desaparecido dos veces de su vida, cuando se marchó a la ciudad buscando un futuro mejor y ahora, cuando la enfermedad se la había llevado.

Pero también me decía:

—Luna —es mi nombre—, tú eres su gran regalo y su propósito, no te sientas enfadada y triste, ella cumplió su destino y ahora regresas aquí en su lugar. Eres como ella cuando se marchó y rejuvenezco de nuevo al tenerte a mi lado.

Tuvieron que pasar varios meses para que comenzara a sentir que no sobraba en todas partes.

Consiguió que poco a poco me abriera, y en las tardes que pasábamos en la gran cocina de su casa comenzó a contarme historias.

Ese fue el principio de una relación que duraría hasta hace unos meses, cuando decidió que había visto demasiadas cosas en esta vida y quería conocer el otro lado, volver a encontrarse con mi abuelo, con sus padres y sobre todo poder contarle a mi madre en qué mujer me había convertido.

Siempre me decía:

—Esta vida es el camino para llegar a conocer nuestra propia esencia, no olvides que cada dolor y cada lágrima con el tiempo se transforman en la luz de la sabiduría. Pero disfruta también de las alegrías y en el equilibrio de las dos encontrarás la felicidad.

Fue una tarde de otoño cuando comenzó a contarme esta historia. Yo había llegado muy enfadada del instituto porque había tenido problemas con un profesor que no me entendía.

Le pregunté a bocajarro:

—Abuela, ¿qué sentido tiene todo esto?, quiero dejar de estudiar porque estoy harta, no conecto con mis compañeros ni con mis profesores. Sólo me siento perdida. ¿Por qué estamos aquí?

Mi abuela se sentó a la mesa e hizo que me sentara para tranquilizarme.

—¿De verdad quieres saber el porqué de todo esto o simplemente lo dices sin pensar?

—Quiero saberlo abuela.

Por un momento sentí que mis palabras salían de lo más profundo de mi corazón, que lo que pedía era una explicación a mi sufrimiento al porqué de ese cambio tan radical en mi vida. Quería saber el sentido de todo aquello.

Me miró a los ojos y pude vislumbrar a través de ellos la serenidad y la sabiduría de años de lucha y conocimiento interior.

—Está bien, pero para poder comprender mejor lo que realmente sucede me gustaría contarte una leyenda, es la historia de “El Guerrero de las Diez Lunas”, al igual que tú él parte del dolor para encontrar su camino, para llegar a su raíz tendrá que librar una gran batalla consigo mismo. Su fuerza nacerá de la aceptación. Descubrirá que todo lo que le rodea es su alimento y la luz su conexión con todo para alcanzar su fin último: “el amor”. Se llama “El Guerrero de las Diez Lunas” porque cada luna es un escalón del recorrido, parte del principio para volver a él descubriendo que es “Nada” y regresando a la “Nada”.

»El guerrero debe aprender del camino, pero no hay camino: él es el camino y sin él no hay lugar a donde ir.

»Tendrá que morir dos veces para descubrir su destino.

»Muchos maestros le orientarán a lo largo del recorrido, pero sólo uno le mostrará la verdad. La sabiduría se alcanza cuando deja de buscarse.

»Sale de su espacio y su lugar para encontrarse con sus huellas. El Río de la Vida le acompaña y siempre hay alguien a su lado que entiende la vida en plenitud desde lo más sencillo: La Guerrera, ella es su luz y la que le descubrirá que sólo sin luchar se puede ganar la guerra.

Aquella noche mi abuela comenzaría a narrarme la historia del guerrero, la que me ayudaría a dejar atrás mi frustración y dolor para encontrar también mi propósito. Os la narraré capítulo a capítulo como mi abuela hizo conmigo, y que el guerrero y la guerrera os guíen.